

Fue así como decidió abandonar el país. El 5 de noviembre de 1909 se embarcaba para Francia con la nominación de Embajador. Su obra en Nuevo León se eleva en tal forma, que no podrá ser olvidada.

Coincidiendo su ausencia con una serie de acontecimientos trascendentales, se cierra esta etapa en la vida política, económica y social de nuestra entidad.

QUINTA ETAPA

La fuerza de las circunstancias obliga a que el período comprendido de 1910 a 1930, signifique un paréntesis en el desenvolvimiento normal de la región.

Se trata de un cambio radical en las instituciones oficiales y privadas que transformó desde su base la organización política y social, y como consecuencia, las estructuras económicas sufrieron las consecuencias consiguientes.

Principiaron los acontecimientos con una vigorosa acción política. Como queda dicho al arranque del movimiento la figura que con mayor atractivo se dibujó en el panorama político fue la del general Bernardo Reyes. Eliminado por propia voluntad, quedó el tablado nacional libre. ¿Quién surgiría capaz de arrastrar al pueblo?

Durante el año de 1909 había circulado profusamente un libro titulado *La sucesión Presidencial* escrito por don Francisco I. Madero, residente en Parras, Coah. La obra contenía consideraciones oportunas que merecían la atención de todos los mexicanos, cualquiera que fuese su posición política e ideológica.

Con este motivo Madero se puso en comunicación con los ideólogos políticos a tiempo que les enviaba el libro. Algo se conocía ya de él; pues había sido Presidente Municipal de Parras, y escribía artículos en periódicos; pero su contacto principal con quienes se habían significado lo consiguió mediante su libro.

Es así como entabló correspondencia con los hermanos Flores Magón, Juan Sarabia, Antonio I. Villarreal, Camilo Arriaga, los hermanos Vázquez Gómez, Juan Sánchez Azcona, Aureliano Rivera, Félix F. Palavicini, Roque Estrada, y algunos más.

Como el campo había quedado libre con la ausencia del general Reyes, el problema consistía en encontrar un candidato capaz de enfrentarse al general Díaz.

Se barajaron nombres quedando en primer lugar don Francisco I. Madero. La tara de los más radicales consistía en considerarlo un burgués. Pero la mayoría se impuso y en una convención del partido Antireeleccionista se lanzó su candidatura.

La opinión pública en un principio acogió aquello con indiferencia, actitud que fue cambiando de manera favorable ante la actitud valerosa de Madero hasta llegar a la más genuina popularidad.

En cambio en el sector oficial en un principio se le calificó de loco, y cuando se dieron cuenta de que arrastraba a las multitudes, de la indiferencia se pasó a la persecución sin disfraces. Fue aprendido en Monterrey y enviado a San Luis Potosí poco antes de las elecciones.

Grande fue la conmoción en el país. Las pasiones habían llegado a extremos alarmantes. Las elecciones se efectuaron en julio de 1910, siendo declarado triunfante el general Porfirio Díaz.

Burlada la voluntad popular el ambiente estaba preparado para la revolución. Madero logró evadirse de la prisión de San Luis Potosí, internarse en los Estados Unidos, y desde San Antonio expidió el Plan de San Luis Potosí llamando a los mexicanos a levantarse en armas contra el Gobierno, fijando el día 20 de noviembre de ese mismo año de 1910 para que estallara.

En esa fecha, en la ciudad de Puebla, se dispararon los primeros proyectiles de la insurrección. Aquiles Serdán, sus hermanos y un puñado de correligionarios combatieron contra el ejército federal. La casa de Serdán se convirtió en baluarte; el combate desigual terminó cuando los revolucionarios habían consumido el parque, haciendo numerosas bajas al enemigo, y muriendo varios de ellos, agregándose la vida de Aquiles cuando, cesado el fuego fue descubierto en un escondite, siendo villanamente asesinado.

Había sonado la hora de la acción. A partir de aquella heroica hazaña, el incendio se extendió a través de todo el territorio nacional.

Surgieron por todas partes los hombres armados dispuestos a jugarse la vida frente a las bien organizadas fuerzas militares. Todo parecía indicar que el poder de las armas del gobierno sería decisivo en la contienda. Sin embargo el poder de la justicia y de la razón contaban de manera notoria en favor de la causa revolucionaria.

Las acciones en los campos de batalla favorables o no en los resultados inmediatos a la insurrección demostraban cuánto significan los ideales. Día a día aumentaban los contingentes rebeldes y más y más se afianzaba en la opinión pública la justificación de su actitud.

Bastaron seis meses del fragor de los combates para que el gobierno se diera cuenta de la inutilidad de prorrogar la contienda armada.

Para Madero, que había pasado al territorio nacional para ponerse al frente de la Revolución, la lucha sería ardua y el triunfo seguro. Si en la campaña cívica-electoral había demostrado un valor a toda prueba, de no menos entereza daba pruebas al mantener la disciplina entre los revolucionarios, y en los momentos de los combates.

Cuando los funcionarios que rodeaban al presidente Díaz se percataron de que no sería posible detener la avalancha, coincidieron en convencer al general Díaz de la conveniencia de tranzar con los revolucionarios. Para ellos un arreglo, por radical que fuese, les permitiría salvar sus intereses particulares.

En esta dirección se encaminaron las gestiones. Primero tratando de arreglar mediante concesiones en el plano Ministerial; después proponiendo la renuncia del Vice-Presidente, don Ramón Corral; y por último aceptando la renuncia del Presidente y del Vice-Presidente.

Por su parte el general Díaz, que se había entregado con pasión a la causa de la paz, lográndola después de inauditos esfuerzos, no era cosa fácil atizar la hoguera para volver a los tiempos aquellos, en que siendo actor prominente, había contribuido a destrozar a la patria.

Con profundo dolor, reconociendo la necesidad de su alejamiento de la vida política de la Nación, expresa en su renuncia:

"No conozco hecho alguno imputable a mí que motivara ese fenómeno social; (la revolución) pero admitiendo sin conceder que puedo ser culpable inconsciente, esa posibilidad hace de mí la persona menos a propósito para raciocinar y decidir sobre mi propia culpabilidad. En tal concepto, respetando como siempre he respetado la voluntad del pueblo, y de conformidad con el artículo 82 de la Constitución Federal, vengo ante la Suprema Representación de la Nación a dimitir el cargo de Presidente Constitucional con que me honró el voto nacional; y lo hago con tanta más razón, cuanto que para retenerle sería necesario seguir derramando sangre mexicana, abatiendo el crédito de la nación, derrochando mi riqueza, cegando sus fuentes y exponiendo su política a conflictos internacionales."

Esto sucedía el 25 de mayo de 1911. El día 21 del mismo mes se firmaba en C. Juárez, ya en poder de los revolucionarios un convenio que daba fin a la contienda armada. Los puntos claves son los siguientes:

"Unico.—Desde hoy cesarán en todo el territorio de la República las hostilidades que han existido entre las fuerzas del Gobierno del Gral.

Díaz y las de la Revolución; debiendo éstas ser licenciadas a medida que en cada Estado se vayan dando los pasos necesarios para restablecer y garantizar la paz y el orden público."

"Transitorio.—Se procederá desde luego a la reconstrucción o reparación de las vías telegráficas y ferrocarrileras que hoy se encuentran interrumpidas. Firman el tratado los señores Lic. Francisco S. Carvajal, en representación del Gobierno del Gral. Díaz, y en nombre de la Revolución, Doctor Francisco Vázquez Gómez, don Francisco Madero, padre de don Francisco I. Madero y Lic. José Ma. Pino Suárez."

Ante este hecho, don Venustiano Carranza, secretario de guerra en el gabinete de Madero, expresó estas visionarias palabras: "Revolución que tranza, revolución que fracasa."

Por su parte el talentoso y agudo político, licenciado Luis Cabrera envió una carta pública a Madero en la que le decía, entre otras expresiones de penetración realista lo siguiente:

"Las revoluciones son siempre operaciones dolorosísimas para el cuerpo social; pero el cirujano tiene ante todo el deber de no cerrar la herida antes de haber limpiado la gangrena. La operación, necesaria o no, ha comenzado: usted abrió la herida y usted está obligado a cerrarla; pero guay de usted, si acobardado ante la vista de la sangre o conmovido por los gemidos de dolor de nuestra patria cerrara precipitadamente la herida sin haberla desinfectado y sin haber arrancado el mal que se propuso usted extirpar; el sacrificio habría sido inútil y la historia maldecirá el nombre de usted, no tanto por haber abierto la herida, sino porque la patria seguiría sufriendo los mismos males que ya daba por curados y continuaría además expuesta a recaídas cada vez más peligrosas, y amenazada de nuevas operaciones cada vez más agotantes y cada vez más dolorosas."

El tiempo confirmó plenamente los temores de estos dos personajes, que el destino uniría dos años después en una lucha reivindicadora, don Venustiano como primer jefe de la Revolución Constitucionalista, y el licenciado Cabrera como uno de los más cercanos, leales y eficaces colaboradores.

Razones había de sobra para pensar en forma pesimista. Conforme a los tratados de C. Juárez, serían licenciados los revolucionarios, en cambio los cuadros políticos, sociales, administrativos y militares del teóricamente vencido régimen porfirista quedaban en pie.

Había cambiado la fisonomía del país. Se abrían las puertas de la li-

bertad de prensa, y si en un principio la figura de Madero era enaltecida no pasó mucho tiempo en que se pasara de la libertad al libertinaje.

El día 7 de junio de 1911, es decir, 15 días después de los arreglos de C. Juárez, entró Madero a la ciudad de México. El recibimiento tuvo características inusitadas. Hubo derroche de alegría, de tal manera, que la tumultuosa forma de actuar del pueblo daba la impresión de una locura colectiva. Don Francisco Bulnes, al comentar el acontecimiento, dijo que la popularidad de Madero era semejante a la de la Virgen de Guadalupe.

En octubre tuvieron lugar las elecciones, participando tres planillas figurando en ellas como candidato a la Presidencia Madero, y como Vice-Presidente, respectivamente, el licenciado José Ma. Pino Suárez, doctor Francisco Vázquez Gómez y licenciado Francisco León de la Barra. El triunfo correspondió a la primera planilla. Como al iniciarse la campaña política el doctor Vázquez Gómez había integrado la planilla con Madero, y tratándose de una persona de alta calidad intelectual, su exclusión provocó desajustes profundos entre la plana mayor del maderismo.

Al tomar posesión de la Presidencia don Francisco I. Madero, el 6 de noviembre de ese mismo año de 1911, ya su partido mostraba grietas peligrosas.

Siguieron días de ajustes administrativos, de tanteos políticos, de críticas acerbas aun dentro de los mismos revolucionarios, y de rebeldías en el campo entre las que contaba en primer lugar la de Emiliano Zapata, que al grito de "Tierra y libertad" dominaba Morelos y parte de Puebla y de Guerrero.

Con ser esto suficiente para mantener la intranquilidad, había que agregar la actitud de la prensa, que a medida que transcurría el tiempo avanzaba su agresividad contra el régimen. Con el fin de contrarrestar en lo posible la agresiva actitud periodística, un grupo de amigos de Madero fundaron el diario *Nueva Era*, que poco pudo hacer de provecho.

La opinión pública, antes a favor de Madero ciento por ciento, cambiaba en su contra especialmente en el Distrito Federal. En provincia seguía manteniéndose el sentimiento maderista; pero la confusión aumentaba con las noticias y comentarios de la prensa de México y con los rumores de los malquerientes que hacían circular.

Se creó una atmósfera pesada, artificial, pero efectiva, en descrédito de cuanto hacía o dejaba de hacer Madero. Para él todo caminaba bien, su optimismo, basado en el ideal de libertad le hacía ver que cuanto estaba pasando era producto precisamente de esa libertad de que se gozaba y que, como consecuencia el pueblo seguiría estando con él. Desoyó a sus amigos, fío en sus enemigos francos y solapados hasta que la catástrofe vino a probarle el error en que se encontraba.

El más destacado de los jefes revolucionarios maderistas, el general Pascual Orozco, desconoce al presidente Madero al frente de las fuerzas que comanda en el estado de Chihuahua. Salen fuerzas del gobierno a combatirlo, se efectúan sangrientas batallas y es al fin vencido. En esa ocasión el general Victoriano Huerta, en calidad de general en jefe de la columna gobiernista se adjudica los laureles de la victoria que poco después ha de arrastrar por el lodo de la ignominia.

No se apagaban todavía los ecos de la rebelión orozquista cuando estalla la llamada "Decena Trágica". Inicia el cuartelazo el general Manuel Mondragón. Al frente de dos mil hombres, entre soldados de línea y alumnos de la Escuela de Aspirantes, marcha de Tlalpan hacia la ciudad de México en actitud de rebeldía.

Son liberados de la prisión los generales Bernardo Reyes y Félix Díaz. Aumenta el número de sublevados y formándose dos columnas marchan, una sobre el Palacio Nacional, al mando del general Reyes, quien es muerto al trabarse el combate. La otra columna logra tomar la fortaleza de la ciudadela y allí se hacen fuertes. Es el 9 de febrero de 1913.

Madero pone en manos del general Victoriano Huerta la suerte de su gobierno. Se combate día y noche hasta el momento en que Huerta se entienda con el enemigo traicionado a quien había confiado en su honor de soldado.

Apresados Madero y Pino Suárez son villanamente asesinados el 22 del mismo mes de febrero. La traición de Huerta le valió llegar a la Presidencia de la República.

Inmediatamente después de estas tragedias ignominiosas renació la revolución, en esta vez con caracteres de total reivindicación en los planos políticos y sociales.

En Coahuila se formalizó el movimiento. El gobernador del estado, don Venustiano Carranza y la legislatura local desconocieron al presidente usurpador, general Victoriano Huerta y a todas las autoridades federales y estatales que lo obedecieran. Quedó consignada esta actitud en el Plan de Guadalupe firmado en la hacienda de ese nombre el 26 de marzo de 1913, siendo designado don Venustiano primer jefe del Ejército constitucionalista, título impuesto a la nueva revolución.

El plan se concretaba a la cuestión política encaminada a volver al régimen constitucional, pisoteado por el más abominable militarismo cuartelario. Había que concentrar la atención revolucionaria en este aspecto, sin